

su estilo es exacto y medurado, ajeno a la metáfora audaz o al adjetivo contundente. Pero en ese estilo cada palabra encuentra con notable precisión su sitio.

Prosa magistral sin duda. Valéry dice que "una obra basada en el asombro dura la duración del asombro". José Luis González se abstiene pulcramente de todo efecto fácil, de toda altisonancia inútil. Puede decirse que tiene un estilo fundamentalmente recatado. Un estilo casi imperceptible, hecho de despojarse mucho, de callarse mucho.

Sin duda es posible también advertir algunas limitaciones en estos relatos: algunos —como "Santa Claus visita a Pichirilo Sánchez"— dejan ver demasiado pronto el desenlace, otros repiten con distintos ornatos una idea básica excesivamente parecida —"La mujer" y "Breve historia de un hacha"—, y alguno hay —"Me voy a morir"— que de acuerdo al realismo con el que está planteado resulta tal vez un poco increíble en aspectos medulares.

Sin embargo, es indudable que a fin de cuentas los puntos malos significan poco en la suma total. *La galería* es claramente una colección de cuentos que merece un buen lugar dentro de este género tan lleno de posibilidades y de riesgos.

Antología de la pobreza

Por Ignacio Díaz Ruiz

Y los huevos y la leche aportaban lo necesario para mantener a distancia la miseria

La primera impresión de *La Galería*, colección de relatos, de José Luis González es simplemente una hermosa y colorinesca portada plastificada. Sin embargo, de inmediato, en el primer relato, expone su estilo y atrapa al lector.

Su prosa: directa, exacta y precisa nos introduce en un singular mundo donde lo autobiográfico y lo social se entretajan y misteriosamente se dan la mano. Lo primero, tiñe a los relatos de un gran lirismo y manifiesta la sensibilidad del narrador, lo segundo nos confirma el sentido humanístico y el compromiso de este escritor. (En el epígrafe dice: A Puerto Rico, en lucha por su libertad.)

Durante el recorrido por esta deslumbrante galería se puede leer una narrativa fundamentalmente sencilla. En esto, el escritor se muestra en pleno dominio de su oficio. Su lenguaje está despojado de malezas y adornos superficiales, en cambio recupera lo popular y lo integra equilibradamente. Utiliza un lenguaje sin concesiones: limpio y transparente.

Con la seguridad de un conocedor, José Luis González resuelve cada uno de sus relatos con una arquitectura especial. Busca y experimenta diversas construcciones: lineales, circulares; cortes temporales; diálogo; monólogo; en fin, en su docena de relatos encontramos variedad y combinación de estructuras narrativas.

Cuando se termina de recorrer su exposición queda uno satisfecho. Acaba uno de leer un libro perfectamente narrado que viene a sumarse a una serie de relatos "bien" escritos. Pero no es todo, al final siente uno la boca amarga. Indiscutiblemente, paralela a esta galería brillante y perfecta, está otra: subterránea, recóndita, oscura y subversiva. La que nos deja un agrio malestar.

Todo comienza cuando se habla de hacendados y vinos de importación, cuando una mujer actúa para realizar su propia justicia, cuando a través de un sencillo diálogo se deja entrever la situación neocolonial de Puerto Rico, cuando un hombre agónico explica las causas de su situación; en fin, cuando empieza a inundarnos con situaciones típicas de países subdesarrollados: injusticia, hambre, pobreza, ignorancia, sufrimiento, etcétera.

Cada narración recoge una vigorosa relación de los hechos, una escueta y dramática situación de los personajes; mientras el narrador conserva una serenísima ironía, en el trasfondo se observa un angustioso desequilibrio social. Como presencias fundamentales dentro del relato latinoamericano aparecen, también, el box, el beisbol, la cerveza, el ron.

Precisamente en esta galería se hace la luz: los seres reales invaden la literatura, todo el submundo de una región de América Latina —Puerto Rico— recobra su posición dentro de la literatura a través de una observación minuciosa, aguda y, la mayor de las veces, cruel.

"El pobre hasta para morir es desgraciado" se afirma en uno de los relatos, y efectivamente esta colección se convierte en una antología de la pobreza y la desgracia. En primer término: los niños, Pichirilo Sánchez hijo de Sánchez (con toda seguridad) o el negrito Melodía; las mujeres ultrajadas y reducidas a simples objetos; los hombres manipulados por un sistema de opresión y explotación. Y al final, siempre presente la clara conciencia de un escritor que atestigua a través de su narrativa el hecho social de Puerto Rico: Estado Libre pero desgraciadamente Asociado.



Novela

La confusión de Lapsus

Carta para Humberto Guzmán

Por Humberto Guzmán

El mundo o yo, pero nunca los dos. En esta línea podría resumirse una conclusión a la que he llegado. No es difícil llegar a ella después de meditar un poco sobre la literatura hecha por "los jóvenes" en el país, acción motivada, es claro, por una parte suya en especial. Me refiero a un libro de Héctor Manjarrez que lleva por nombre *Lapsus*. Te advierto que no me detendré gran cosa en él —al menos no como debiera— por razones que obedecen directamente a la línea que da pie al texto que lees ahora.

Ahora, como muchos ahora, me siento mal, me siento limitado, oprimido, reprimido...

Debe de ser algo similar a lo que le ocurre al niño que es castigado —mejor aún si es injustamente, aunque no es necesario— y él no puede hacer absolutamente nada para evitarlo, ya no digo para presentar resistencia y menos todavía pensar en la venganza, en la venganza saludable por definitiva e indiscutible.

Hay una palabra terrible que me da vueltas y vueltas en la cabeza. Me he descubierto muchas veces escribiéndola en cualquier papel, en cualquier parte. Incluso, en alguna ocasión, he despertado en mitad de mi sueño con esa palabra en la mente y en la boca. Su sabor agrio y su significado inexorable me llenan de inquietud y angustia. Impotencia. Para mí, el hombre es un impotente. Lo es ante el mundo construido con sus propias manos, lo es ante el curso de las cosas, e, incluso, lo es ante sí mismo, que es peor. Un moribundo es un impotente. Un feto es un impotente. La impotencia marca tanto su entrada como su salida, ¿por qué habría de abandonarlo, entonces, durante el transcurso de su existencia?

No sé tú qué opines acerca del asunto. Yo creo que con un espectro de esa naturaleza, poseedor de un poderío francamente invencible, enfrente, en medio de cualquier camino que elijas, no queda otro recurso que la temeridad de un Luzbel. Porque, en última instancia, las generaciones futuras no existen y las de los muertos tampoco existen. En cambio los que estamos aquí somos tú y yo, y nosotros no podemos hacer absolutamente nada contra el espectro que es un muro imposible de derribar, al parecer. Lo único que nos queda, si es que no queremos permanecer quietos, es irnos a estrellar contra él que, ya sabemos de antemano, ni sentirá nuestro pequeño impacto

mientras que nuestras cabezas estallarán como frutas aplastadas.

Así pues, mi malestar no es gratuito. Te diré lo que todo el mundo sabe: cualquier fuerza encerrada exige una salida, de lo contrario viene la explosión —que no siempre, o más bien casi nunca, es aprovechable dada la violencia de su repentina aparición.

La explosión es el “disparate” en que se incurre después de una etapa, generalmente larga y ominosa, de opresión directa o indirecta, esta última me interesa en especial porque es la que engendra la frustración —que normalmente es el resultado de un proceso lento y del que no nos damos cuenta sino hasta que el lodo, que ya llegó a las narices, nos impide respirar.

Utilicé la palabra “disparate” a fin de alcanzar también estratos más alejados, quise tocar desde el berrinche inofensivo de un adolescente hasta un delito cometido por un delincuente consumado y reconocido socialmente como tal.

En un estado, cuando se hace necesario por lo menos un reacomodo y éste no es propiciado por sus partes directoras surge, entonces, y además como una última posibilidad, el “disparate”, la explosión, la violencia, lo cual o bien puede contribuir para dar el salto salvador o bien para anticipar el hundimiento total en las oscuras profundidades. Es este el riesgo, y, precisamente, la situación crítica del hombre que lo produce es lo que me interesa; del hombre, insisto, no me llama la atención otra cosa a decir verdad.

De ahí viene todo mi malestar.

La poca literatura de “los jóvenes” que he leído me ha parecido más bien literatura menor. Me lo ha parecido así porque al fin y al cabo yo no participo del tipo de realidades que integran o significan dicha literatura —a lo cual tengo amplio derecho como individuo.

De acuerdo con algunos puntos que he tocado antes, puedo decirte que, en mi caso, la literatura —o el arte— fue —o es— la forma de propiciar y conducir el “disparate”, la explosión, la violencia, en suma, la situación crítica a la que me refería líneas arriba.

Tal situación tiene validez por igual tanto en una dimensión general como en una individual. En lo que se refiere a la literatura —o al arte— yo prefiero definirla, abiertamente además, como actitud individual.

Y bien, muchos escritores jóvenes mexicanos —cuyas preocupaciones no ignoro— pretenden hacer a un lado una definición como la dada aquí. Reconozco que puedo estar equivocado. Pero... Lo único con que cuento es la equivocación. Entonces, ¿cómo no creer en ella?

(Es ésta una actitud individualista que, si no es la única —yo creo que sí lo es—, pues, por lo menos, es otra y por lo tanto digna de ser reconocida aunque no necesariamente deba ser aceptada o deba estarse de acuerdo con ella.)

De lo anterior se colige que obviamente la literatura hecha por autores de diferente concepción del arte a la mía no me gusta.

(Tú sabes que de tener yo una “virtud” cuento de seguro con el *cinismo*.)

Lapsus es un libro, visto de manera

global, con el que estoy de acuerdo en parte y en completo desacuerdo en otra. En la primera, puedo incluir la intención del autor: crear confusión, inventar un *lapsus*, y, por cierto, le salió muy bien. Tan bien que hubo momentos en los que tuve ganas de aventar el libro por la primera ventana que me saliera al paso —dicho esto a manera de elogio. Es una agrupación de —como dice en la nota de la contraportada “actos fallidos”. Durante su lectura me recordó —con mucho agrado— técnicas similares usadas ya en el cine particularmente y, también, en la pintura. El cine que me recordó y que seguramente tiene sus antecedentes o sus orígenes más próximos en la literatura, es el de Godard, quizá con su película *Pierrot, el loco*, o Resnais con su importante film *El año pasado en Marienbad*, cuyo guión fue escrito por Robbe-Grillet —para mencionar nombres fáciles de recordar.

En la redacción de *Lapsus* se puede apreciar una necesidad experimentada por el autor de salirse del espacio fijado, como en un collage, o en algo de abstraccionismo, o, incluso, también en algo de la corriente (pictórica) llamada estructuralista, o quizá formalista —no estoy seguro del dato.

Con todas estas comparaciones, o mejor, referencias, no pretendo otra cosa que restarle peculiaridad a *Lapsus*. También es mi pretensión ubicarlo dentro del contexto, digamos, del momento. Dicho en otras palabras: *Lapsus* no es “el gran descubrimiento” pero, sí en cambio, noto que, contrariamente a muchos libros escritos por jóve-

nes, se halla situado en el momento que pasa la historia del hombre —con tu perdón por la frase que cierra la línea.

El libro muchas veces citado es un libro fallido, pero por elección propia, lo cual le da un valor sólido. Se pone en duda a sí mismo y también lo hace con la literatura —lo cual, si no es nada nuevo, por lo menos es saludable y honesto y digno de alabanza, como se dijera en el *Yi-Ching*.

Pero, entonces, ¿qué es lo que me molestó tanto?

Que no es lo suficientemente fallido; que tiene necesidad de justificarse... Y para eso hace uso de la tan sobada “antiso-lemnidad”. Una inofensiva y berrinchuda antiso-lemnidad. Las “antiso-lemnidades” solamente hacen enojar a papá —y además no a cualquiera, porque a un papá “lumpen” no le interesa tanto el respeto por “las buenas costumbres” como a uno de clase media “que va para arriba”, por ejemplo.

Como si no bastara lo apuntado, tiene entre sus “méritos” —con respecto a la lucha de clases; para que vean que se está en la izquierda— el insoportable (literariamente hablando) e inofensivo (políticamente hablando) “mensaje” social. Que el PRI esto, que la democracia aquello. Uf, que los aguante su tía, porque, con suerte, ella sí creará las perogrulladas que se repiten una y otra vez (como receta) y quizá hasta los tome verdaderamente en serio —que no es otra la intención de la “antiso-lemnidad” por cierto: es muy de la adolescencia, o de la inmadurez, luchar denodadamente (sin ningún sentido además del que lleva en sí mismo) porque lo tomen a uno en serio.



Hay que añadir también que como yo, simple lector subdesarrollado, no entiendo más que el idioma local, no me va a gustar que en un libro haya, junto al mensaje social a la izquierda mexicana, un párrafo en inglés (inglés inglés, además), seguido por otro en francés, y algunos lunares en latín.

A eso, un lectorcito del "tercer mundo" como yo, puede llamarlo, y con mucho derecho: colonialismo del lenguaje.

La "antisolemnidad" marca, como es de suponerse, la forma y no sólo el contenido, dando como resultado un libro (formalmente) un tanto improvisado. En *Los monederos falsos* (1925) de André Gide, novela realizada con una estructura un tanto similar a ésta, no deja entrever ningún rasgo de improvisación cuando podría definirse sin temor a decir una tontería como un libro hecho a base de improvisaciones o que las sigue como forma. En este libro de Gide sus principios están dados en él mismo y partiendo de ellos se desarrolla y se resuelve. El caos, entonces, es ordenado, como en la naturaleza. Cosa que no ocurre, al menos no tan perfectamente o tan claramente, en el libro que te comento.

En resumen, lo que le reprocho tanto a lo que puede llamarse un buen libro de un joven —como es éste de Manjarrez— como a los que, en mi opinión, son más malos que regulares, es su franca y abierta y decidida indecisión.

¿Por qué titubeas?

¿Por qué se quedan en la puerta?

¿Por qué *Lapsus*, por ejemplo, crea una confusión tan pequeñita, tan de tipo familiar... (en momentos el lector puede pensar: "Ah, esto lo puso Héctor para hacer enojar a sus papás y asombrar a las amistades de la familia") cuando se pueden derribar las bases de mundos mayores?

¿Por qué les interesa *cambiar* nada más de ropa al hombre? (Finalmente el hombre es el mismo con cualquier tipo de vestido.) ¿No sería mejor el asesinato? No sería mejor el asesinato a otro engaño más?

La literatura —o el arte—, para mí, es lucha de *unos* y no de *grupos*. Con lo que opino que, siendo toda la responsabilidad de quien expone su idea (su obra), es posible ser radical sin necesidad de mediadores o suavizadores o justificadores que no hacen más que entorpecerlo todo.

Actualmente hay una fuerte tendencia a limitar a la literatura en el reportaje o lo que han dado en llamar testimonio. Yo no creo tanto en eso. Hacerlo es despojar a la literatura de lo que le da una verdadera justificación: la invención. Con ella se puede destruir y construir universos enteros. ¿Qué más aportación, qué más utilidad, qué más subversión que esto?

Por todo esto te digo que no me gusta lo que publican los jóvenes escritores. Por todo esto no me gusta *Lapsus* en su mayor parte. Porque ellos todavía respetan cosas...

Tuyo Humberto Guzmán

Posdata: La frase que originó mi carta: "El mundo o yo, pero nunca los dos", me parece que, como dije, resume lo que te he dicho. Porque al fin y al cabo, opino que el

escritor —o el artista— es un obseso que, dependiendo de la exactitud o de la perfección de su obra, convencerá a los demás y los hará partícipes de su obsesión —al menos ésa es la idea.

Posdata de la posdata: me compadezco enormemente, porque ataco a quienes, al contrario de mí, creen en algo, mientras que yo, iluso, no creo en nada, nada... salvo en la literatura —que es eso, literatura, y no más.

Sociología



Los problemas de la mano de obra

Por Sergio Gómez Montero

Publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, *Problemas de la mano de obra en México** (cuyo subtítulo es: "Subempleo, requisitos educativos y flexibilidad ocupacional") es un libro en el cual su autora, Gloria González Marín, analiza exhaustivamente uno de los problemas que en la actualidad aquejan con mayor incidencia y gravedad a la sociedad mexicana. Este problema no es otro que el enunciado en el título del libro: el empleo de la fuerza de trabajo, problema que constituye, precisamente en las sociedades subdesarrolladas o en vías de desarrollo, algo sumamente característico de su estructura socio-económica. Así, la sociedad mexicana no se conserva inmune a tan grave enfermedad. Los problemas que representa el uso adecuado y racional de la mano de obra (excedente o no), causan hoy una serie de irregularidades sociales del tipo de aquéllas que, si no se normalizan en un tiempo prudente, provocan graves crisis de estructura.

En ocasiones anteriores dicho problema, referido a nuestro medio particular, no había sido tratado de una forma tan rigurosa como lo es en este caso. Por lo regular, una larga serie de libros dedicados a analizar los problemas económicos de la nación presentaban a lo largo de su contenido uno, dos o tres renglones o capítulos dedicados a tratar tal problemática. Era común, pues, que al hablar de los problemas que representa la ocupación de la mano de obra, por lo general se tuviera de ello una visión bastante alarmante, pero sin duda fraccionada, incompleta, a veces deformada. En esta ocasión, Gloria González Marín presenta por primera vez de una manera orgánica y bastante completa los

diversos sectores implícitos en la problemática referida.

Desde la introducción que la propia autora hace de su trabajo, se afirma: "El escaso dinamismo y la irracionalidad del capitalismo subdesarrollado y dependiente implica la desocupación y la subocupación, y también el despilfarro de todos los recursos disponibles, entre ellos, para lo que nos interesa destacar, el de la mano de obra. De modo que el subempleo masivo, que dentro de las circunstancias dadas muestra un carácter acumulativo a consecuencia del acelerado crecimiento demográfico, constituye uno de sus rasgos típicos." El conjunto de variables que se interrelacionan en la afirmación anterior —el problema del desempleo masivo, el desperdicio de recursos, la explosión demográfica y el abierto carácter dependiente de las economías de los países subdesarrollados—, condicionarán, por un lado, la concepción que Gloria González Marín tiene del problema, lo cual, dice ella misma, requiere de un análisis y de una interpretación que permita, en un futuro próximo y lejano, elaborar alternativas que impidan la explosión violenta de crisis sociales.

Para explicarse los fenómenos inherentes al uso y situación actual de la mano de obra, también uno de los primeros factores a analizar es el referente a la movilidad de esta mano de obra. En el caso de México, quizá este factor deba ser visto, en retrospectiva, a partir de los cambios sociales que se producen como consecuencia del movimiento armado de 1910. De manera más particular con la Reforma Agraria, pues fue a través de los cambios estructurales que generó este acontecimiento en el proceso productivo del país, cuando los problemas de ocupación del país se recrudecieron.

Específicamente, las conmociones sociales provocadas por el incipiente desarrollo industrial del país —basado en primera instancia en los frutos económicos que proporcionó el sector agrícola— dieron origen al crecimiento monstruoso de ciertas áreas urbanas que rápidamente se vieron superpobladas con individuos desocupados que abatieron sustancialmente los precios de la mano de obra, en la misma medida en que el campo, explotado ya para entonces de manera irracional, se negaba a seguir proporcionando productos suficientes para mantener a su población y, por lo tanto, se generaban índices realmente alarmantes de subempleados y desocupados. Esta es, a grandes rasgos, la situación que prevalece hoy en lo relacionado al problema de ocupación del país.

A partir del esbozo de dicha realidad —y de aquella otra directamente relacionada con el subdesarrollo—, en *Problemas de la mano de obra en México*, a lo largo de cuatro capítulos y dos apéndices se disecciona la problemática y se ofrecen, tentativamente, soluciones al respecto. Así, en el primero de estos capítulos —"Mercado de trabajo, requerimiento educativo y desarrollo económico"—, la concepción teórica que Gloria González Marín tiene del problema se manifiesta de una manera más metódica, más sistemática que en otras partes del libro, pues es en este primer capítulo don-

* Gloria González Marín: *Problemas de la mano de obra en México*, México, UNAM, 1971. 222 pp. (Instituto de Investigaciones Sociales.)